

H. Díaz Arrieta

El escepticismo, padre de la ciencia y de la libertad

(EN TORNO A LA «IDEA DE LA INDIVIDUALIDAD»,
POR JORGE MILLAS)



HA sorprendido a algunas personas que, tras exponer una fundamental divergencia de opiniones con el libro de Jorge Millas «Idea de la individualidad», hiciéramos de su autor elogios entusiastas, calificándolo aún de filósofo digno de tener resonancia no sólo dentro sino fuera de Chile.

Crean ver en ello cierta incoherencia.

Y no les falta razón...

Para explicar nuestra actitud que, naturalmente, hallamos lógica, vamos a añadir, al comentario periodístico en que la expusimos, consideraciones más extensas de las que tal asunto admite en un diario.

* * *

La filosofía, a nuestro juicio, no es una ciencia experimental; el filósofo, por muy estrictos métodos que emplee, más que al sabio de laboratorio se asemeja al moralista o al poeta.

Sería inútil exigirle pruebas positivas y leyes matemáticas. Ciertamente, las busca, y a menudo cree haberlas hallado, pero entre el sujeto y su objetivo queda siempre un espacio grande en que el factor personal opera libremente y donde cabe la discusión sin conclusiones.

Y aquí intervienen directamente otros puntos de discrepancia que tenemos con la obra de Millas, tan interesante para nosotros a pesar de eso y, acaso, por eso mismo; porque es, como ninguna, provocativa e incitante, ocasionada a infinitas reflexiones en una esfera transcendental.

Trátase de las relaciones entre el escepticismo y la libertad.

Espíritu juvenil y ferviente, temperamento generoso, con algo de apóstol e iluminado, lleno de intenciones purísimas, Jorge Millas ataca la posición del escéptico, a quien considera un resentido, y entona loas líricas a la libertad, tanto interior como externa.

Esto nos parece sumamente respetable y hasta conmovedor, desde el punto de vista moral, porque revela una personalidad rica, una fantasía fresca; pero creemos que se funda en varias ilusiones contradictorias.

Veamos.

¿Qué es el escepticismo, en qué consiste un escéptico?

Para Jorge Millas—véase el primer capítulo de su obra—el escéptico es un hombre tan herido por la realidad, tan a disgusto en ella que desearía abolirla y aniquilarla, negándola totalmente, quitándole en abso-

luto su certidumbre, sosteniendo, poco más o menos, que no existe. Una expresión vulgar completaría su pensamiento, es el «muera Sansón con todos los filisteos». Deseoso de suicidarse, el escéptico remueve las columnas del templo y aguarda que la ruina universal cubra su propia ruina. Descendiendo más todavía, llegamos al «mal de muchos»...

Claro que, así definido el escéptico resulta no sólo condenado y culpable, sino una especie de cretino con visos de inadaptado delincuente.

Efecto del apasionamiento que conduce a la exageración deformadora. Toda idea, la más benéfica, la más inatacable, la más santa, tratada en esa forma, concluye en el absurdo. Los vicios, ha dicho un pensador, no son sino virtudes que se han vuelto locas.

Jorge Millas hace enloquecer a su escéptico.

Devolvámosle la razón, pongámosle en el término justo, dentro de lo normal.

Un escéptico es un hombre que duda. Pensó, afirmó, se engañó; vió que se había engañado y se dijo: —Puedo engañarme otra vez; hay que andar con prudencia.

Nada más.

Yo soy ese tipo de escéptico. Sufro la desgracia o gozo la felicidad de no creerme infalible. He creído firmemente en algunas cosas inmensas, para mí, entonces, indiscutibles. Vi, más tarde, o creí ver que había errado. Las nuevas creencias—porque el hombre no vive un minuto sin creencias—se me presentaron en

adelante acompañadas de esa imagen antigua, con esa aura o corolario de duda, con el recuerdo de la equivocación experimentada que bien podía repetirse.

Desde entonces, para mí y para los demás, ya no afirmo terminantemente, sino con un permanente S. E. U. O. Si empleo, a menudo, un lenguaje dogmático, ello se debe a mi imperfección de estilo, explicable porque la lengua no ha sido hecha para dudar, sino para afirmar, mejor dicho, no ha sido hecha para el pensamiento mismo, sino para la acción, para el uso cotidiano, y en este uso la duda estorba muchísimo y acabaría por volver imposible la existencia (1).

(1) No dejaré de argüir en este punto algún partidario de la «razón vital» que damos la razón a quienes combaten el escepticismo al reconocerle el poder de disolver la vida. Cuestión de proporciones. Claro que un escepticismo total, constante, llevado sistemáticamente a la práctica, destruye el resorte de la acción y provoca la muerte por parálisis; pero no hay peligro de que ello suceda. La humanidad vive sumergida en un océano de espesas certidumbres; el primer movimiento de la inteligencia, el impulso original, instintivo de la mente consiste en creer, en aceptar, en conformarse. La crítica viene después y es un producto rarísimo y superior que haya por todas partes resistencia. Es la aguda punta de acero con diamante que penetra la coraza y permite ver detrás de su apariencia. Herramienta potente, pero frágil, de manejo infinitamente delicado. Medicina en pequeñas dosis, veneno en grandes cantidades, el escepticismo, que viene a ser, en último término, el intelecto ayudado de la experiencia, afronta más riesgos de volatilizarse y desaparecer, ahogado bajo la capa invasora de las ilusiones tenaces, de los sueños perturbadores, de la vegetación incesantemente renovada de los falsos testimonios de los sentidos, que el de atacarlos hasta aniquilar la existencia. Sustentar un temor semejante equivaldría a temer que, mediante una palabra, se pudiera destruir la contextura del planeta y pulverizar las rocas de las montañas. La contienda resulta demasiado desigual y todas las ventajas se encuentran de parte de los enemigos del escepticismo. Otra vez descubrimos aquí el error de exagerar, de convertir un átomo en una totalidad sin límites. El defecto del lenguaje que no define las cosas, sino simplemente las nombra, sin señalar su contorno ni moderar su alcance.

Así, pues, yo, escéptico, leo el libro de Jorge Millas, henchido de afirmaciones, de atisbos psicológicos, libro palpitante, bello, que se mueve en una esfera diáfana, agradable al espíritu, y experimento un gran placer, reconozco en su autor un alma elevada.

Examinando algunas de sus teorías—la del libre arbitrio—las encuentro falsas. Pienso de otra manera. Veo el mundo como una cadena de causas y efectos que vienen del misterio infinito y van hacia el infinito misterio. ¿Qué significa esto para mí? ¿Que Jorge Millas está en un error? ¿Que yo poseo la verdad? No. Significa que los dos pensamos de distinta manera. El ve el universo libre; yo lo veo sujeto a lógicas determinaciones.

Pero por encima de esta visión mía y de la suya, está la otra, la de que yo puedo equivocarme ahora como me he equivocado antes y, también, la posibilidad de que sea Jorge Millas quien acierte.

Entonces mi diferencia de opiniones con él no implica que lo desdeñe ni que le reste siquiera la admiración que le debo por el placer intelectual que me ha procurado y el reconocimiento que he hecho y que hago de su evidente superioridad sobre la mayoría de los escritores chilenos, generalmente ajenos a esta clase de cuestiones.

Me gusta, lo admiro, sigo admirándolo, a despecho de ese desacuerdo.

En vez de querer apagarlo, como haría con un autor nulo o nocivo, hablo de él, lo elogio, recomiendo a los demás su lectura y me convierto en su propagandista.

Esta actitud; consecuencia directa de mi escepticismo, me detengo en definirla y acentuarla, no por vía de justificación sino porque tiene importancia general, porque encierra la definición misma de lo que se llama libertad.

La libertad proviene del escepticismo, no existe sin el escepticismo. Si dispusiéramos de un termómetro para medir los imponderables, veríamos que a medida que suben los grados del escepticismo, suben paralelamente los de la libertad, y a medida que bajan, descienden también los otros.

¿Cómo Jorge Millas, analista de tan fina perspicacia, no ha visto este fenómeno primario? Acaso debido a su misma sencillez. Porque basta mirar la historia.

Siempre que ha dispuesto del poder público alguna autoridad creyente en sí misma, con doctrinas claras y completas, con un sistema dogmático perfecto, la libertad ha desaparecido. Cuando la Iglesia Católica mandó, se encendieron las hogueras inquisitoriales. Cuando mandó la Revolución Francesa se alzó la guillotina. Producida la Revolución Comunista en Rusia, una clase social entera fué exterminada. Estalló, por reacción el fascismo italiano y se sofocaron todas las opiniones contrarias. Prendió, por contagio, el nazismo alemán, y se crearon los campos de concentración, nació el sistema de tiranía más perfecta que han conocido los siglos. Así ha sucedido, así sucede, y así sucederá siempre.

Es lo que dice el sentido común.

No se necesitan, para comprenderlo esfuerzos dialécticos ni agudezas psicológicas. Si yo veo que un hombre va a prenderle fuego a un polvorín para hacer estallar la ciudad, lo sujeto a la fuerza y, si no hay otro medio de sujetarlo, le mato. Hago bien. Cumplo con un deber estricto. Desde mi punto de vista, soy un benefactor público y merezco una estatua. De hecho, todos los tiranos han tenido estatuas, por lo menos mientras duró la fe en los dogmas que sustentaban su tiranía.

Introduzcamos ahora algunos átomos de escepticismo, algunas partículas de duda en el cerebro de los hombres que ejercen la autoridad. En el acto la mano que levantaban para matar se detiene. Piensan: ¿No estaremos equivocados? Ese que habla contra nosotros, que nos critica y censura ¿no tendrá un poco de razón? En vez de meterlo a la cárcel, le llaman, le oyen, le consultan. Puede ocurrir aún que se convengan y alzándose de su sitio, se lo cedan para que gobierne.

He ahí lo que se llama el sistema liberal. (1)

En el fondo no es sino eso: El gobierno de hombres que no están convencidos profundamente de poseer la verdad absoluta, total, totalitaria. La democracia, es eso: fija a sus elegidos ciertos cánones, límites,

(1) El concepto de individualidad que expone Jorge Millas, su respeto por la persona humana, inviolable, la esencia misma de su sistema, basado en la calidad única y superior del espíritu humano, le conducen tan directamente al sistema de gobierno liberal que, llegado ahí, como que se asusta y cree necesario declarar: —No... Más bien soy socialista. Es una nueva contradicción que podría anotársele.

leyes y constituciones, porque no confía del todo en ellos, porque es escéptico respecto a su bondad y su competencia, porque duda.

Más todavía, sin el escepticismo no habrían podido nacer la ciencia, ni el progreso, ni la civilización.

Jorge Millas asienta su afirmación de la libertad en el testimonio íntimo de la conciencia. Todo su sistema descansa ahí.

Ahora bien ¿qué vale el testimonio íntimo de la conciencia?

Antes de saber, de pensar, de dudar, mi conciencia íntima, corroborada por el testimonio de mis sentidos, me dice que la tierra es plana y que los antípodas no existen; agrega que el sol gira en torno a la tierra y que las estrellas están incrustadas, como piedras preciosas, en la bóveda nocturna.

Eso me dice mi conciencia íntima, y eso lo decía desde el principio de los siglos. Continuaría diciéndolo aún si no existiera el escepticismo, la facultad de dudar del testimonio íntimo de la conciencia y del aserto de los sentidos. Gracias a que el escepticismo existe se ha investigado y se ha descubierto, se han establecido hechos a primera vista increíbles, se han formulado leyes universales que muchos sólo aceptan todavía por el criterio de autoridad.

Cierto que, ahora, el sentimiento íntimo de mi conciencia me dice otras cosas, pero me las dice porque las ha rectificado la observación, la experimentación, provocadas por la duda inicial.

Sin ésta, la humanidad estaría en los primeros estadios del salvajismo, creería, incluso, en la libertad de los fenómenos naturales, del aire, del agua, del fuego.

Es lógico, en realidad, Jorge Millas al atacar el escepticismo y ensalzar la libertad; porque él es, ante todo, poeta, y el escepticismo y el determinismo son conquistas intelectuales, profundamente antipoéticas o que tienen otra clase de poesía.

Un hombre sensible, de sentimientos delicados, poseído por el entusiasmo juvenil, difícilmente acepta o puede soportar la posición escéptica y en cambio tiene que sentirse poderosamente seducido por la idea de ser libre.

Un hombre libre, que se cree y se siente libre, es como un pequeño dios; cada uno de sus actos entraña una creación personal; su responsabilidad y su transcendencia son infinitas, como las del propio Creador.

El determinista, en cambio, buen escéptico, se inclina a la modestia. No se considera el origen de nada, sino la consecuencia de todo. La tentación del orgullo no lo conmueve.

Prácticamente, libre arbitrista y determinista proceden con criterio idéntico, el uno porque ignora cómo usará de su libertad, el otro porque no sabe a qué está determinado. Este y aquel otro leen el mismo libro y experimentan igual curiosidad por lo que va a suceder; sólo que el primero cree que el libro está escrito desde tiempos inmemoriales, hasta la última página, y que lo único que él hace es recorrerlas.

La diferencia estriba en matices.

Se me permitirá indicar uno de ellos, generalmente poco observado y que suele interpretarse al revés.

En presencia de un acto delictuoso, el libre arbitrista echa toda la responsabilidad sobre el delincuente, lo considera un culpable absoluto y se ve obligado, en lógica estricta, a pedir para él la pena máxima. Su teoría excluye, teóricamente, la piedad. No así el determinista. El sabe que el delincuente y su delito obedecen al resultado de leyes inmemoriales, anteriores y superiores a todo. En obediencia a esas mismas leyes, lo castiga. Pero la culpa diluída en la infinita cadena de las causas y efectos admite la piedad hacia el sujeto. No sólo la admite, la exige. El castigo asume el carácter de represión y prevención. El libre arbitrista, en realidad, no debería castigar para prevenir ni para reprimir; porque el que, libremente, ha cometido un delito, sigue siendo libre para no volver a cometerlo y, entonces, ¿qué se previene, qué se reprime? El determinista, desde su posición, sabe que el que ha cometido un acto volverá a cometerlo; y si no lo sabe, lo presume y, de ahí, el castigo, que cambia de nombre y se llama, como en las enfermedades, remedio, reforma, re-adaptación.

Es el aspecto de ambas doctrinas en el terreno penal, donde suele afirmarse que el determinismo anula la responsabilidad, cuando en realidad la establece, y que sólo el libre albedrío puede establecerla, cuando, en verdad, debería aniquilarla. Y decimos «debería»,

porque la realidad se impone y, prácticamente, otra vez, libre-arbitristas y deterministas, sin sutilizar tanto, se parecen muchísimo en los procedimientos y se apartan sólo, como dijimos, por matices, por grados de inclinación en tal o cual sentido. Casi por distintos nombres dados a las mismas cosas...

• • •

En resumen. . .

Lo que nos gusta en el libro de Jorge Millas es. . . Jorge Millas, su personalidad, su estilo de pensamiento, su manera de vivir y de sentir, tan patente a través de sus páginas que se nos comunica como una palpitación cordial. He aquí un escritor chileno que habita la región de las ideas como su atmósfera natural, que ve el mundo en función filosófica, que se pasea sin esfuerzo por las grandes corrientes superiores. Grande alivio en tiempo de pequeñas pasiones, pequeños intereses; pequeños pensamientos. Especie de ventana que da a la región de los vientos y las nubes y por donde asoman los astros. ¿Poesía, entonces? Sí, poesía; pero poesía de una calidad muy rara, como no estamos habituados a hallarla en ese grado, con tanta plenitud ferviente, con tanta limpidez.

Cierto que su manera de concebir el sistema del mundo y la razón de las acciones humanas nos parece ingenua, primitiva, contradictoria aun, si le aplicamos la lógica; pero la lógica que le aplicamos no ofrece de-

mostraciones de verdad absoluta, no puede considerarse una total certidumbre, puesto que, en su raíz, está la ausencia de certeza total.

Y, después de todo, como decía Montaigne, ¿quién sabe?

Acaso, ...

Pero no sigamos dándole vueltas a la rueda sin fin y gustemos en paz, a través de diferencias accidentales, el goce de convivir un momento con un alto espíritu juvenil, llamado, sin duda, a un futuro de que todos sacaremos provecho y orgullo.